

EL CÍRCULO DE LOS VIENTOS

Floreal Peleato

“He did not find it necessary either to apologize or to boast,
because he was the equal of any man on earth”.

“No le pareció útil disculparse o vanagloriarse,
porque era igual a cualquier otro hombre sobre la tierra”.

Dorothy Johnson
A Man Called Horse

PRIMERA PARTE

Primavera de 1791

«L'Amérique habite encore la solitude;
longtemps encore ses déserts seront ses mœurs,
et ses lumières sa liberté».

“América habita aun en la soledad;
sus desiertos serán aun por largo tiempo sus costumbres,
y sus luces serán su libertad”.

Chateaubriand,
Voyage en Amérique (1827)
Describe el viaje efectuado en 1791

I

Mediaba el mes de marzo de 1791 en un mundo donde los hombres ignoraban los sueños de la Revolución francesa. La creencia en un hombre nuevo empezaba a desgarrar Europa ebria de principios universales, pero las estaciones y los astros marcaban el compás de la vida de los indios. Cada día más desde Tejas hasta Canadá unos viajeros europeos se aventuraban en las Grandes Llanuras. Allí no los esperaban ciudades doradas, fuentes de la juventud, gigantes o grifones, sino la huella de un caos original.

Bajo un cielo nublado una columna de quince jinetes cabalgaba en silencio entre altas hierbas movidas por el viento. Encabezaba el cortejo un hombre blanco de melena entrecana cuyos párpados caídos cubrían unos ojos claros. A cada paso de su caballo la fatiga encorvaba aún más su alta silueta y su sable se balanceaba sobre la pierna, mientras mantenía inmóviles las manos enfundadas en guantes de gamuza.

Seguían al hombre blanco unos indios atados entre sí por unas sogas. Apenas alcanzaban la adolescencia aquellos jinetes sin armas. Sus cuerpos sin escarificaciones ni cicatrices estaban destinados a la caza y al combate. Sus ocho, diez o doce trenzas revelaban su origen. Eran cheyenes. En medio del grupo de cautivos un hombre negro vestido con un poncho raído tiritaba sobre un caballo. Una flor de lis estrellaba su frente sobre la cual se levantaba un tupé de pelo enhiesto y dos trenzas apretadas con tiras de piel dejaban ver la ausencia de la oreja derecha. A diferencia de los indios sus manos enormes no estaban sujetas al alto pomo de la silla de montar.

Los vigilaban tres imponentes osages de cabeza rapada en medio de la cual flotaba un largo mechón. A despecho del frío, sus hombros terciados por mantas dejaban al descubierto brazos tatuados con los que sujetaban arcos muy largos.

Los cautivos oteaban con calma los confines a la espera de una aparición. Todos avistaron un pequeño grupo de lejanos jinetes. Una sonrisa de alivio cruzó la cara del hombre negro: podían ser tramperos o una partida guerrera cheyene en busca de sus hijos raptados en el corazón de la Costa Negra. Así recobraría la libertad. El hombre blanco comprendió que huir era inútil, fueran amigos o enemigos los jinetes se acercaban.

Pronto no cupieron más conjeturas: eran hombres blancos.

Dos de los osages armaron sus arcos y dirigieron sus flechas hacia ellos. A la sombra de una nube se cruzaron las flechas de los osages y las balas de los hombres blancos. Cayeron dos de los osages.

Seis jinetes irrumpieron al galope. Cada vez que sus puntiagudas espuelas se hundían en los costados sangrientos de los caballos el hombre de ojos claros se sobresaltaba. La fragua no podría haber tostado más la piel de aquellos hombres barbados vestidos de capas de cuero y piel desde las polainas y los zahones hasta el

tocado. El cabello cortado casi al cercén añadía a sus cabezas de vieja madera esculpida una expresión amenazante.

Uno de ellos liberó a los cautivos de sus ataduras. Los dedos entumecidos de los cheyenes recobraron la agilidad. El más joven se hizo con un machete que colgaba de la silla de montar de unos de los jinetes blancos y se abalanzó sobre el osage superviviente. Lo decapitó con una rapidez tan pasmosa como su fuerza. Los recién llegados lo dejaron hacer sin inmutarse: la venganza era legítima. No obstante, el hombre de ojos claros reprimió su asombro cuando vio cómo rodaba la cabeza sangrienta sin que nadie se inmutara.

Cuando el cheyene armado con machete se dispuso a abalanzarse sobre él los jinetes blancos se interpusieron. El futuro guerrero miró al hombre de ojos claros con la certeza de que no olvidaría su rostro. Después de que un trampero se dirigiera a los cheyenes utilizando la lengua de signos, éstos salieron al galope hacia el Norte.

Habló un jinete con sombrero de fieltro después de observar el sable del hombre de ojos claros. Tenía una mejilla hinchada y hablaba con cierta dificultad.

—Si fuera español sabría que los indios no sirven como esclavos. Prefieren dejarse morir en vez de trabajar.

—Me alegra saber que hay hombres que no sirven como esclavos —dijo en español con un acento extranjero el hombre de ojos claros.

—Es usted traficante de la peor calaña. ¿Cómo los cogió?

—Se estaban bañando.

—¿A qué tribu pertenecen?

—*Chaguienne*, creo.

—Cheyenes, ni lo sabe, ni le importa —dijo el español.

El hombre con sombrero de fieltro miró con desprecio al jinete de ojos claros. Marcó una pausa para escupir un esputo sangriento.

—Y tiene que corromper a los osages. Bastante tenemos con pacificarlos desde hace cuatro años para que usted venga ahora a crear conflictos entre las naciones indias.

—Que yo sepa, los osages y los cheyenes son enemigos.

—Basta... Sabe o debería saber que el tráfico de esclavos está prohibido en tierras del rey de España.

—El tráfico no, la posesión. Y la Luisiana realmente no es española...

La actitud retadora del hombre de ojos claros enojó al hombre con sombrero de fieltro que sin embargo trató de contener su ira.

—¿Cómo?

—Y es ancha, muy ancha, sin fronteras ni leyes más allá del río Chato.

—Se equivoca. ¿Y dónde pensaba venderlos?

—En alguna hacienda...

—¿Vender esclavos cheyenes en el Sur?

—No creo que al gobierno le moleste mucho mi negocio.

El desgaire del hombre de ojos claros rozaba ya la provocación. Entendió el hombre con sombrero de fieltro que debía mantener la calma, pasara lo que pasara.

—Se lo he dicho. Los indios se mueren en cautiverio. Hoy día todo el mundo quiere esclavos negros, sólidos como robles. Y tenga cuidado. Aquí mismo hay fronteras y leyes.

—En cualquier caso, leyes inútiles y tierras robadas.

—¿Para quién trabaja? —preguntó el español.

—No importa.

—No sea soberbio. Yo me enorgullezco de trabajar para la familia Chouteau y para el señor gobernador. ¿Y usted para quién trabaja? ¿Para qué compañía?

—Para mí.

En contra de una creencia muy difundida los tramperos requerían patentes para ejercer su labor. Quienes decidían ser independientes asumían mayores riesgos.

—¿Y su nombre caballero?

—Desjohnette. Me espera la horca supongo, pero no tienen dónde colgarme.

—Iremos a San Luis. Allí tienen una cárcel. Y una horca. Le buscaremos una guillotina si prefiere, señor oficial. Para que sepa con quien viaja le diré mi nombre: Alonso Sahagún. Y tú —le dijo al hombre negro—, ¿cómo te llamas?

—Josué, señor.

—¿Un nombre de profeta? ¿Cómo te atreves? —le dijo Desjohnette—. Al fin y al cabo eres un esclavo.

—Ya no señor. Soy un *affranchi*. Además, me bautizaron y ese es mi nombre.

—Lo llamaremos Josué —dijo Sahagún y escupió otro esputo de sangre.

—Hay que darles sepultura a los osages —dijo Josué.

—Está bien. Desjohnette, ayúdelo.

—No, yo no lo ayudo.

—¿Cómo? Hará lo que yo le diga —zanjó el español.

Los dos hombres cavaron con tal empeño que pronto pudieron sepultar los cuerpos. Cuando volvieron entre los jinetes, el viejo trampero le ató las manos a Desjohnette. Conforme las correas de cuero iban apretando la piel, el francés miró la pradera descolorida. Su ojo acostumbrado a un paisaje recortado por la mano del hombre se perdía en la llanura. Cada día se sucedían el embeleso y la congoja frente al círculo sin centro de la Pradera. A diferencia del cielo de acuarela francés, la bóveda americana tenía el espesor de un cortinaje de luz que dañaba los ojos de muchos viajeros europeos exponiéndolos a ciertas enfermedades oculares. Desjohnette no escapaba a la regla. Sus ojos cansados necesitaban bálsamos, además de un sombrero cubierto por piel de castor.

Al anochecer, mientras que unos tramperos españoles recogían ramas para encender una fogata, Josué secaba con un puñado de hierbas el pecho de su montura cubierta de espuma. Se fijó el francés en su pericia para limpiar los cascos del animal, su rapidez para averiguar el estado de sus cañas y tomarle el pulso. Desjohnette empezó a pasear entre los caballos de los españoles, masajeándose las manos y las muñecas hinchadas. Todos eran ponis indios excepto el purasangre de Sahagún, más alto y de pecho más fuerte, pero con unos miembros finos. Por su parte el español suspiraba de dolor al tiempo que hurgaba en su boca con una navaja. De pronto apostrofó a Josué.

—Oye, tú... sí, Josué o como te llames, ve a buscar agua.

—Señor, será mejor esperar.

—¿Cómo? Haz lo que te digo.

—Señor, debemos cuidar de nuestras monturas... además ustedes tienen bonitos caballos.

—Esa frente marcada con hierro candente no te autoriza a hablarme así.

—Soy un hombre libre.

—¿Ah, sí?

—Hace más de diez años.

—¿Y el documento que da fe de ello?

—Me robaron mis pertenencias hace mucho, pero le juro señor que mi amo me dio la libertad.

—¿Y por eso huiste hacia las tierras de los indios? Baja enseguida al río.

Desjohnette había escuchado con mucha atención y se dirigió con calma, casi con aplomo, a Sahagún:

—Tiene razón. Primero tenemos que dar de comer y de beber a los caballos.

—Bien, esperaremos a que les haya dado de comer y de beber. Y los haya limpiado. Y usted que sabe tanto lo va a ayudar.

—Señor —le dijo Josué a Sahagún—, le sangra la mejilla. Si quiere le puedo ayudar.

—¿Tú?

—Sí señor. Cuando vuelva del río le pondré un empaste.

—Ya veremos. Baja por ahora. Desjohnette, ¿me da usted su palabra de que no intentarán huir?

—Sí.

Desjohnette y Josué reunieron a los animales antes de bajar a la orilla del río. En el cerro un trampero los vigilaba presto a encararlos. Los caballos se bañaron mientras que los dos hombres permanecieron sentados en la arena para descansar con los pies en el agua. Josué se quitó la ropa. Su espalda cubierta de cicatrices relataba años de

esclavitud y de resistencia física. Desjohnette se deshizo de su vestimenta y dio pasos hasta que el agua alcanzara su cintura.

Josué se tiró al agua y empezó a nadar gozosamente, Desjohnette, no. Como la mayoría de los europeos apenas sabía nadar y permaneció de pie en el agua. Sintió envidia por José capaz de desaparecer unos segundos debajo de la superficie. Cuando éste vio al hombre blanco inmóvil en el agua comprendió.

—Si quiere, le puedo enseñar.

—No, gracias.

—En este mundo sin puentes ni barcos —dijo Josué— hay que saber nadar. Y además es que flotar en el agua es estar en la gloria, dicho sea con respeto. Cuanto más espere, más difícil será aprender.

Desjohnette salió del agua avergonzado por no saber lo que muchos aprenden en su infancia. A su vez Josué alcanzó la orilla. Suspiraba de satisfacción.

En un momento vieron una balsa iluminada por el sol poniente deslizarse río abajo. Tres indios fumaban sentados sobre unos maderos. Delante de los indios dos ciervos muertos entrecruzaban su cornamenta. Josué dirigió a los indios un saludo amistoso con la mano que estos le devolvieron inclinando la cabeza. La balsa se alejó con ritmo quedo.

—Son pawnees. O si prefiere, son hombres de la nación del lobo —dijo Josué con seguridad.

—Háblame de los indios, tú los conoces.

—Sí señor. Conocí a muchas tribus. Muchas.

—Y dime, ¿cómo hay tantas tribus en estas tierras y tan distintas?

—Ah, eso no lo sé.

—En la ciudad donde vivía en Francia hay más habitantes que indios en toda América.

—Ah, no, esto no puede ser. América es grande. Aquí puede ver usted las montañas más altas del mundo y las praderas más grandes.

—¿Y cómo llegaste a vivir con los cuervos?

—No me iba muy bien como hombre libre allí con los americanos así que viajé hacia el Oeste lo más lejos posible y cabalgué hasta las Montañas Rocosas. Ver esa tierra es un regalo. Como nunca habían visto a un negro y muy muy poco a los blancos creyeron que yo era del color de la tierra y así me llamaron, *A-wé*, tierra, porque la tierra es marrón o como dicen los cuervos, *Hís-shi-shi-té*, es decir, negro-rojo. Viví con ellos varios años y hace poco me raptaron los cheyenes.

—Y ese otro país, el país de los cuervos dices que es hermoso.

—Montañas nevadas, árboles muy altos, ríos, muchos; caballos, muchos, los mejores... Pero hay algo que sigo sin poder aguantar: el frío. Y la tierra de los cuervos

es un infierno en invierno. Pero créame si le digo que es el país más bello del mundo, señor.

—No existe Josué. Eso sería el Paraíso.

De pronto una melancolía teñida de desencanto oscureció la mirada de Desjohnette.

—Sí existe. Quiso Dios que existiera.

—¿De qué Dios hablas?

—Del creador de todas las cosas.

—¿El Dios de la Biblia?

—Sí señor, el hacedor.

—El hacedor. Ahora hablas como un indio.

—Antes fui bautizado y he sido un buen cristiano.

—Y no recuerdas que tu raza está condenada por Dios y por los hombres... La maldición de Canaán, ¿sabes lo que es?

—Sí, mi amo me enseñó la Biblia.

—Si el Dios en que crees lo dispuso para ti...

—Noé fue injusto, señor. No tenía que haber odiado a su hijo Cam. Un padre no debe maldecir a su hijo. Noé tuvo que ser castigado. Él y no su hijo Cam. Había bebido y así lo vio su hijo, desnudo en la tienda. Ni Cam ni su hijo Canaán ni su descendencia tienen la culpa por haber visto a su padre borracho. He visto a muchos blancos con más ron que sangre en el cuerpo y no pesa sobre sus hijos ninguna maldición. Tenemos el alma más blanca que muchos hombres blancos y usted sabe... Cristo es mi dios, Cristo, sí. Cristo comprende y ama a sus hijos negros.

—Cristo... ¿Tú naciste en América?

—Sí. Mis abuelos vinieron de lo que llaman los blancos Senegambia.

Esta palabra despertó en Desjohnette la imagen de un esclavo encadenado que había visto en el puerto de La Rochelle. Aquel hombre cuyos ojos expresaban resignación podría haber sido Josué. Por primera vez tomó conciencia de que estos hombres y mujeres condenados a vivir como esclavos se parecían a él, con la excepción del oscuro color de la piel.

—Cristo ha sido bueno conmigo —dijo Josué— porque me dio un don.

Se desvaneció el recuerdo de La Rochelle y Desjohnette volvió a escuchar a Josué.

—¿Un don?

—Sané a las vacas y los caballos y los marranos cuando vivía en Luisiana, y eso que las epidemias había muchas, sobre todo después de las inundaciones del Misisipi. Mi amo vio que aprendía bien con los animales y me dejó curar a los esclavos, y a los indios. A Sahagún también lo puedo curar.

—Curandero. Matasanos. ¿Eso eres?

—No señor. Yo sano con la ayuda de Dios.

—Dios no salva a nadie.

Josué no comprendía qué dolor despertaba en el oficial francés la posibilidad de un mundo sin un dios que daba a la vida significado y orden y aliviaba las penas más profundas.

—Usted está blasfemando.

—No, Josué, no. ¿Qué habrás hecho para merecer esa flor de lis?

—Fue mi amo anterior que era peor que el demonio. Me escapé una primera vez y me uní a una milicia de fugitivos *morenos* y *pardos*.

—Hablas como si fuerais soldados.

—Y lo éramos. Había disciplina, mucha. Hacía falta para sobrevivir. Robábamos arroz y azúcar y se lo vendíamos a las familias pobres. Pero me cogió mi amo y me castigó.

—Y tú, ¿qué cargo tenías en esa milicia?

—Vigilar nuestros campamentos a caballo y también ir de avanzadilla... Un año después de que me cogiera mi amo me fui con un buen caballo. Estuve un mes en las montañas Ozark con los indios osages, pero me cogieron otra vez y mi amo me dijo: «¿Qué prefieres, que te corte las dos orejas y te marque en el hombro, como manda el Código Negro o solo te corto una oreja y te marco en la frente y vivirás con la vergüenza a la vista de todos?». Señor, ahora podríamos escaparnos. ¿Por qué no lo intentamos?

—¿Tu palabra tiene valor? Entonces, ¿por qué me propones huir?

Los dos hombres entonces reunieron a los caballos para conducirlos donde los esperaban los esperaba Sahagún, saltaron al lomo de dos de ellos pero Desjohnette cambió de camino y, en lugar de seguir ladera arriba, galopó a lo largo de la ribera del río Chato. Josué lo siguió y soltó una carcajada. Los tramperos armaron sus escopetas; los dos jinetes desaparecieron detrás de un recodo.

A medida que iban cambiando de aires, a Desjohnette le admiró el tacto con que Josué lograba del caballo un galope corto y acompasado sin tensar las piernas o las riendas. Sabía *rendre la main*, es decir, bajar la rienda para suavizar la presión de la mano. Allí en la colina se oían los gritos de Sahagún, dispuesto ya a castigarlos con el látigo cuando Desjohnette y Josué volvieron al campamento. El capricho de Desjohnette dejaba muy claro que podría huir cuando quisiera.

Cualquiera que hubiera asistido a la conversación anterior entre los dos hombres habría estado intrigado, pero la posesión de esclavos determinaba en la Luisiana el rango social. Poco a poco, la población negra doblegada en los campos de tabaco, cereales e índigo duplicó el número de blancos agrupados en las ciénagas del delta.

La sociedad criolla manumitió a una minoría de esclavos. A dichos *affranchis* se les prohibió ejercer una función pública, ser cirujano, dedicarse a la jurisprudencia, llevar una espada. Incluso se les intentó imponer el uso de apodos vejatorios en lugar

de nombres cristianos. Algunos de ellos, determinados a no padecer más sevicias, huyeron hacia las llanuras del Norte. Era el caso de Josué.

Frente a los tramperos y a sus presos se extendía el lienzo sin límites de la Luisiana. En 1682, el explorador francés Cavelier de la Salle, obsesionado por el río que debía conducir a China, había navegado por el Misisipi. Frente a su desembocadura había plantado una columna y una cruz para tomar posesión en nombre del rey Luis XIV de las tierras ubicadas entre el golfo de México, el río Ohio y el río Misisipi. Sin rubor alguno se había adueñado también de las poblaciones nativas.

A lo largo del día los hombres que vigilaban a Desjohnette cruzaban sin descanso la llamada Luisiana superior cuyas fronteras eran inciertas. Hablaban poco. En torno a la fogata los tramperos relataban, quien el bautismo de un río, quien su boda con una mujer india, y todos evocaban con una mezcla de baladronada y nostalgia, canoas que navegaban por el Misuri o mulas que ascendían las primeras estribaciones de la Costa Negra. Todos alumbraban aún el mismo sueño: descubrir el “Paso al Noroeste” que atravesaba las Montañas Rocosas y gracias al cual alcanzarían el océano Pacífico. Entonces regresarían a San Luis convertidos en héroes a quienes las autoridades españolas otorgarían oro y poder.

Ninguno de ellos hablaba de su infancia u oficios anteriores. Por el contrario, Sahagún todas las noches refería alguna anécdota de la corte madrileña y más aún del campo leonés donde había crecido, pero lo que más le divertía era mofarse de los hábitos parisinos de su prisionero. El español respetaba su código castrense y lo consideraba su igual, excepto el día en que Desjohnette le recriminó su uso de una espuela árabe puntiaguda. No aceptaba que un traficante de esclavos pudiera darle lecciones morales. Decidió que el cautivo permanecería atado de pies y manos durante un día sin desmontar, comer ni beber. Desjohnette aguantó sin quejarse el dolor de espalda y las privaciones por lo que a la noche siguiente Sahagún lo invitó a cenar con él.

Así, entre la salida del sol y el anochecer los jinetes mantenían un silencio quedo, diríase limpio, y después los unían veladas animadas, aunque semejantes a punto de parecer la misma escena, repetida en un eco que abolía la sensación de paso del tiempo.

Dos semanas después de emprender el camino de regreso, ante los jinetes la llanura cedió el paso al campo labrado y el maizal indio a alguna huerta cercada por los blancos; las manadas de caballos salvajes y bisontes a las reses; las fieras a las acémilas; las chozas de las tribus en parte sedentarias a las largas casas rectangulares de los osages y luego a las granjas aisladas de los colonos; la fragancia de la pradera al olor a curtidurías; los arroyos a las acequias; los árboles virginales a los troncos cortados y a las muescas en los arces para recoger su jarabe; el cielo limpio a las columnas de humo de las chimeneas.

Menos de mil almas vivían en la ciudad de San Luis. Un humilladero labrado en cantería anunciaba a los viajeros su llegada a una tierra de obediencia católica. *Pain court*, pan corto, la habían apodado sus primeros habitantes en recuerdo de las penurias sufridas al principio y desde su creación la mayoría residía en las casas de *poteaux en terre*. Por fortuna los bosques cercanos proporcionaban la noble madera de nogal, roble y cedro. A diferencia de las casas europeas casi todas tenían cuatro ventanas y las más lujosas mansiones de piedra ocultaban cristales biselados detrás de sus cancelas y barandillas.

En el lugar donde confluyen los ríos Misisipi y Misuri la villa había sido fundada en 1764. Pierre Laclède y Auguste Chouteau, su hijastro, así la habían llamado en honor del rey Luis IX de Francia. Se erguía en territorio indio: al oeste las tierras osages se fundían en las llanuras; al Este y al Norte los sauks, los fox y los winebagos comerciaban con las compañías inglesas que les suministraban armas de fuego. Otras naciones nativas huían de la lenta pero constante expansión hacia el Oeste de la joven nación americana.

Año tras año los osages robaban y alguna vez atacaban a los recién llegados y la milicia de San Luis debía hacer gala de tacto diplomático para mantener una paz frágil. Las principales familias de San Luis, conducidas por los Chouteau, lograban mantener relaciones cordiales con las naciones indias.

San Luis era una ciudad fronteriza. Se hablaba tanto francés como español e inglés, además de una mezcla criolla. La ausencia de una prensa local ayudaba a los notables a mantener a la población alejada de las ideas revolucionarias. Mientras nadie lo prohibiera cada familia relevante disponía de esclavos negros y algunas de esclavos indios. A Marie-Thérèse Chouteau, viuda del fundador y dueña y señora de la ciudad a sus casi sesenta años, la acompañaba una esclava india llamada Thérèse. No obstante, a lo largo de las *rue Royale*, *rue de l'Église*, *rue des Granges*, *de la Place* y *rue de la Tour* y en algunas mansiones tenían a gala reproducir los usos de la sociedad francesa. No había noche en que no se bailaran minuetos. Y los sábados por la noche los esclavos también tenían derecho a bailar.

La ciudad crecía sin concierto, sus clases se cruzaban con frecuencia y frente a las mansiones los molineros tiraban de mulas para lograr el grano de trigo y maíz que había de alimentar a la población creciente, y los azacanes transportaban sacos de avena. Los olores de una tahona, de unos guisos, de unas sopas y unas *fricassées*, de unos dulces horneados al aire, de las mermeladas de mora y grosella preparadas por las mujeres remangadas en los jardines recordaron a Desjohnette los sabores de su juventud.

En las calles enlodadas bordeadas por tiendas y talleres, una melodía tocada por un piano invisible, una mujer ceñida entre crinolinas, una silueta masculina uniformada, disimulaban mal los orígenes plebeyos de la ciudad. Sus primeros

habitantes habían sido desertores, vagabundos, ladrones, contrabandistas, prostitutas y soldados sin nacimiento.

Los colonos, mercaderes y exploradores toleraban la discreta presencia de las casacas de lino blanco de los soldados españoles. La Corona proporcionaba a los emigrantes cuatro vacas y un toro, cuatro puercos y un verraco, una yegua madre y un burro garañón, dos docenas de gallinas y dos gallos, doscientos acres de tierra, toda suerte de instrumentos, raciones de carne y pescado, de pan y de maíz, una casa para la familia, pero solo unos migrantes de origen malagueño, granadino y en mayor número canario pisaban el Sur de la Luisiana.

Desjohnette, embriagado por este pueblo donde percibía el anhelo de convertirse en ciudad de prestigio, fue conducido por Sahagún a la casa del comandante Arriaga. Este apareció seguido de dos soldados. Caminaba con tal voluntad de ligereza que era imposible apiadarse de su cojera. Acogió a Desjohnette y a Sahagún con un saludo militar. Invitó al preso a pasar a su biblioteca donde los libros se apilaban entre unos mapas y una abundante colección de armas: mosquetes y sables, pero también arcos, escudos y lanzas indios. Arriaga se sentó en una butaca mientras que los dos hombres con una pistola en la cintura se mantuvieron de pie delante de la puerta de la biblioteca. El sable de Desjohnette se hallaba sobre el escritorio. Arriaga se dirigió al prisionero en un francés pulcro.

—Le agradecería me dijera su nombre, caballero.

—Desjohnette, Guillaume Desjohnette.

—¿Oficio?

—He sido soldado.

—Su sable parece indicar...

—Sí. Fui oficial del ejército de Luis XVI.

—¿Grado?

Ante el silencio insolente del preso el comandante Arriaga insistió.

—Grado, por favor.

—Teniente de caballería.

—¿Cuerpo?

—Húsares en la guerra de independencia de los Estados Unidos.

—Vamos, es usted uno de esos húsares gloriosos. ¿Conoció al gran Rochambeau?

—Fue el jefe supremo de la caballería.

—Ya, pero me refiero a si usted...

—Tuve la fortuna de hablar con él unas pocas veces.

—Enhorabuena. ¿Y antes en qué cuerpo sirvió?

Desjohnette tardó en contestar. Arriaga esperó unos segundos durante los cuales la impaciencia se le notó en una inmovilidad forzada.

—Le agradecería no me haga repetir más mis preguntas.

—*Cheveau-légers*... Fui subteniente.

—Daría mucho por ver desfilar tan prestigioso cuerpo.

—Fue disuelto hace cuatro años.

—Una lástima. ¿Puedo saber qué le ha movido a emprender ese viaje hasta el país cheyene?

—No le convencería.

—Supongamos. Ha viajado sin licencia ni pasaporte y sin informar de su destino y, por si fuera poco, se dedica al comercio infame.

—Señor Arriaga.

—Comandante Arriaga... subteniente...

—¿Y los negros, comandante, los negros que cultivan los campos?

—Son parte de nuestra historia, son hijos de estas tierras. Son esclavos pero son cristianos. Y los tratamos bien. Mejor que los propios blancos en Europa tratan a sus hijos.

—Sin duda, comandante, así lo muestran los *pardos*.

—Teniente Desjohnette no olvide que está bajo arresto.

—Y que me puede castigar, lo sé. Pero ¿qué será de Josué, el negro que me acompañó?

—¿Acaso le importa? Volverá a un trabajo estable, no se preocupe. Peor suerte le reservaba usted. Le quiero hablar de un asunto delicado. Allí en el Norte, cerca de Canadá, en los pueblos de los mandans, los malditos ingleses, con perdón, están intentando quedarse con todo el comercio de las pieles. Entonces, y este es el asunto delicado, hay que adentrarse en las Montañas Rocosas hacia el país de los cuervos, por ahora casi desconocido. Tenemos razones para creer que allí hay más castores y nutrias que en todo el continente.

—¿Y si no quiero?

—La cárcel le podrá convencer. Teniente Desjohnette, puede sernos útil. Después de esta misión podría nombrarlo *bourgeois*. Podría vivir en San Luis mientras que sus *engagés* hacen el trabajo. Y así poco a poco amasaría dinero.

—Poco a poco...

—Digamos tres o cuatro años.

De pronto Desjohnette sintió que quedarse en San Luis tres o cuatro años, o más, lo condenaba a vivir sin rumbo y lo entristeció.

—Por otra parte digo —repuso Arriaga—, habla francés, español e inglés, supongo... Ventajas de las campañas militares. No le he dicho que acaban de instalarse en San Luis unos tramperos americanos y pronto querrán también su parte del negocio. Entre los ingleses al Norte, los americanos al Este y los franceses que nos preceden a lo largo de Misuri, conviene ser rápido y cauto. Los Chouteau que

aquí represento han logrado la paz con todas las tribus con las que comerciamos... Mejor propuesta no le voy a hacer, esto o la cárcel.

—¿Y si aceptara y no volviera?

—No sería el primero. Pero creo en su palabra. Desde que Sahagún lo cogió no huyó y pudo haberlo intentado.

—Un traficante de esclavos no es hombre de honor.

—Ah, hermosa palabra... el honor... aquí necesitamos a personas como usted para enseñarnos lo que es. Me dirá que es una lástima, pero aquí no nos batimos en duelo, *chevalier de Saint-Roch*. Aunque estamos lejos de Europa las informaciones llegan, poco a poco. Usted fue imprudente. Sí, usted compró su equipaje en Santa Genoveva y habló más de lo debido. Todo lo que allí se dice llega a nuestros oídos aquí en San Luis. Verá usted, sus amigos monárquicos no saben callar. Su salida fue un secreto a voces. Sahagún lo seguía hacía tiempo, pero necesitábamos una prueba y esos cheyenes... Por favor, tenga la amabilidad de quitarse la camisa.

Desjohnette miró a su alrededor. Los dos sólidos soldados le cerraban el paso hacia la puerta. No tenía escapatoria así que se quitó la cazadora de cuero y el chaleco de piel debajo de los cuales llevaba una sucia camisa de franela. Los soldados soltaron una carcajada y Arriaga observó con frialdad una herida producida por un arma blanca que había atravesado el costado derecho para salir a altura del riñón.

—Señores, miren bien —dijo Arriaga—. Pocas veces verán por aquí a un hombre de la corte más admirada de Europa, aunque un poco sucio. Entonces es cierto, huyó. Me hablaron de un asunto de honor. Esta cicatriz habla.

—Podría ser una herida en combate.

—O un duelo. Esta herida tiene meses, no más. Sabe que en nuestro país los duelos están prohibidos y es usted católico... supongo... espero...

—Sí.

—Entonces si se hubiera batido en duelo en España lo habrían excomulgado y lo privarían de una sepultura cristiana. No parece afectarle mucho. Y dígame, ese hombre con el que se batió en duelo...

—Lo maté.

—Y por eso huyó, ya.

—Y huí de unos revolucionarios que mienten a los hombres para doblegarlos.

—Sin duda, y ¿ha conocido a alguno de esos revolucionarios sin fe?

—Alguno.

—Y no comparten su sentido del honor. No sé si usted conoce a esos *Amis des noirs* que quieren abolir la esclavitud. Me temo que pronto nos molesten.

—Ojalá los defiendan tan bien como dicen.

—Ya que conoce a los negros de África, hableme de ellos.

—Nunca he viajado allí.

—Quiere decir...

—Solo fletaba barcos que salían del puerto de La Rochelle.

—Entonces no es usted un negrero sino un inversor avisado.

—No soy un negrero, pero reconozco haber participado cuatro veces en este negocio porque las cosechas fueron muy malas varios años seguidos y hubo enfermedades y casi lo perdimos todo y mi madre estuvo casi arruinada.

—Y fue su madre la que...

—Jamás habría tomado esta decisión. Es mía y la asumo.

—De manera que ha ganado dinero gracias a las primas de su rey, pero los revolucionarios habrán confiscado sus bienes supongo desde que vino a nuestra América.

Arriaga abrió un medallón ovalado que colgaba del cuello de Desjohnette. Miró los tiernos retratos de un niño y una niña risueños, de ojos y pelo claros. Lo cerró sin hacer comentarios.

—Esta noche hay baile, dijo Arriaga, le parecerá un baile poco elegante quizá, pero estoy seguro de que *madame* Chouteau estará encantada de conocerle. Además, es un perfecto ejemplo de nuestra nueva sociedad. Su madre era española y su padre francés. Usted conoce París y esto aquí vale oro. Aquí le dejo el contrato. Léalo ya.

El comandante Arriaga dejó un legajo sobre el escritorio que lo separaba de Desjohnette y sin esperar su respuesta se levantó y salió. El cautivo se sentó en la butaca para leer el contrato bajo la vigilancia de los dos soldados. Empezó a hojear el abrumador documento que contenía treinta y seis artículos.

Artículo primero: el señor Desjohnette renuncia a su nacionalidad francesa y acepta como vasallo de la Corona española alcanzar el país de los indios cuervo o Gens du corbeau, en nombre del gobierno de Luisiana que le otorga una acreditación oficial, a fin de conseguir el trato preferente del comercio de las pieles.

Artículo segundo: se limitará a comerciar con la nación del cuervo sin provecho personal que exceda las condiciones de su contrato, si no deberá pagar una penalidad de doscientas piastras por persona implicada.

Artículo tercero: el contratado asume la confidencialidad de la misión, por lo que no difundirá noticias ni infundios a quienes pudieran perjudicar al distrito de Illinois, gobierno de Luisiana, pudiendo verse encarcelado y despojado de sus bienes si lo hiciere.

Artículo cuarto: hará entrega a la nación del cuervo de las garantías de paz y protección ofrecidas por el gobierno de Luisiana, esto es, banderas, medallas, diplomas firmados por las más altas autoridades.

Artículo quinto: deberá volver a San Luis de los Ilinueses habiendo logrado un resultado satisfactorio y entregado un informe donde se harán estimaciones pertinentes respecto de distancias diarias, ríos y montes, clima, usos, número y

situación de las naciones indias, presencia de otras compañías y otros aspectos que le parecieren oportunos para nuestro conocimiento y claridad. Asimismo, vencerá y allanará dificultades según su prudencia, del modo que le parezca más útil al servicio del Rey y honor de esta Provincia.

Artículo sexto: cobrará el sueldo establecido, un dos por ciento del volumen global, una vez haya vuelto a San Luis de los Ilinueses con las cantidades de pieles que más adelante se indicarán.

Artículo séptimo: se compromete a no vender a las naciones indias armas ni alcohol sin el previo consentimiento de las autoridades, a riesgo de pagar una penalidad de cien piastras, de cuya cantidad una tercera parte será percibida por el informador.

En lugar de seducir a la señora Chouteau hablándole del fasto de París y halagarla ponderando los méritos de su difunto marido, Desjohnette prefirió bailar un fandango con Pélagie, antes de probar las carnes prietas de esta esclava de quince años. Detrás de las celosías de algunas casas unas mujeres, en mayoría negras o mulatas, estaban destinadas a los hombres blancos quienes sabían ilusorio el trato con las doncellas de la sociedad naciente.

Eran prostitutas codiciadas las viudas europeas sin recursos y sus hijas, por su recato inicial y porque acariciar un sexo negro crecido en medio de redondeces blancas embriagaba a esos hombres. Pélagie sabía que saldría de allí con treinta años, ajada y sin otra posibilidad que ser compañera de un mulato o concubina de un comerciante. A Desjohnette no se le escapó la tristeza de sus ojos. También había observado miradas similares en Lebanon, en los Estados Unidos, donde había soportado el invierno más riguroso de su vida y bebido junto a los soldados de la Legión de Lauzun aguardiente de dudosa elaboración que producía en todos ellos jaquecas y pependencias.

Después de la guerra de independencia americana, al volver a Francia había bebido para olvidar que, debido a asuntos palaciegos, no le habían concedido una condecoración a pesar de haber formado parte de los ochenta y siete voluntarios, casi todos pertenecientes a la pequeña nobleza, que se habían alistado en la Legión de Lauzun que había zarpado con destino a América, cuando los demás regimientos de l'*Expédition particulière* habían sido recibidos a su regreso con honores.

A Desjonette se le agolpaban los recuerdos de su retorno a París a medida que bebía. Trató de evitar los besos y mordiscos de Pélagie hasta que lo incitó a vaciar muchas copas. Desjohnette apuró botellas sin preguntarse si podría pagarlas. La ebriedad lo volvió locuaz y luego silencioso.

A Pélagie le gustaban sus manos cuidadas, distintas de las palmas encallecidas y de las uñas ennegrecidas de los clientes habituales. Las manos de Desjohnette se deslizaban sobre su piel con fuerza y suavidad, pero sus modales de caballero cortés

la hacían sentirse incómoda. Sabía que tratarla como una dama expresaba un desprecio enmascarado. Por lo menos los tramperos se reían con ella.

Poco antes de la madrugada el comandante Arriaga, acompañado por Alonso Sahagún, se abrió paso entre los cuerpos varados en el prostíbulo para llegar donde el antiguo *cheveau-léger* dormía entrelazado con Pélagie. El comandante Arriaga lo despertó con la punta de su bastón. Desjohnette emergió de su borrachera y vio a los dos españoles. Sahagún lo ayudó a vestirse. Arriaga pagó a la dueña de la casa las consumiciones del francés. Al comandante le molestaban los refajos esparcidos y las copas vaciadas: le habría gustado que el prostíbulo se regentara como un cuartel.

Cuando llegaron a casa del comandante, Sahagún condujo Desjohnette a la biblioteca y allí le puso en la mano una pluma de oca para firmar el contrato que había comenzado a leer unas horas antes. El comandante Arriaga se sentó en su butaca y esperó. Dijo simplemente:

—Esto o la cárcel. Y hoy mismo saldrá usted de San Luis. Firme. Veo que usted es también sensible al encanto de estas negras.

—Quiero recuperar mi sable.

—Si firma enseguida le devolveré su sable, *chevalier de Saint Roch*.

—Y quiero que reconozca que Josué es un hombre libre.

—Usted me extraña mucho. Este hombre no tiene documento que demuestre que es libre.

—Quiero manumitir a Josué.

—Demasiado tarde, lo acabo de incorporar a mi servidumbre.

—Su precio será el mío. Además, Josué ha vivido unos años con los indios cuervos.

—Si insiste descontaré de su salario lo que cuesta Josué. La ley nos impide contratar a negros e indios, pero puedo cerrar los ojos considerando que Josué no es *engagé*, digamos acompañante. Tal vez tenga razón y sea un buen guía hacia el país de los cuervos.

Desjohnette no terminó de leer las treinta y seis cláusulas y firmó el contrato. Se lo entregó al comandante que lo dobló y puso en un cajón.

—Comandante, le agradecería me pudiera dar unas hojas de papel blanco. Y si no le parece descortés que me siente a su mesa, quisiera permanecer un instante solo.

—Permítame una última pregunta. ¿Por qué un hombre como usted se quiere dedicar al comercio de los esclavos? No se parece en absoluto a los esclavistas que he conocido.

—Para ganar bastante dinero en poco tiempo y traer a mi familia, si aceptan. Y si no me odian por haber huido de la justicia de mi país. He pensado instalarme en Nueva York. Allí estuve unas semanas trabajando como estibador, pero gané muy poco dinero.

—Usted de estibador, vaya por dios —dijo Arriaga son sorna.

No le dijo que en Nueva York su sable también había garantizado la paz de un prostíbulo. En esta ciudad que apenas contaba treinta mil habitantes el ahínco constante le había parecido la promesa de una prosperidad esperanzadora. Si retornaba a Nueva York, renunciaría a sus hábitos de aristócrata para ser emprendedor.

—Que venga mi familia llevará tiempo, lo sé. Salí de Francia con apenas dinero para pagar el viaje. Usted me dijo que si fuera *bourgeois* necesitaría tres o cuatro años para amasar dinero... Tres o cuatro años sin ver a mis hijos y a mi madre.

—¿Por qué no regresa a Europa?

—No tengo siquiera como para pagar el barco. Además, me detendrían para encarcelarme.

—En Francia las aguas volverán a su cauce y a nadie le importará la muerte de este hombre.

—A mí, sí.

—No sea tan escrupuloso, pero le advierto que si se le ocurre volver a raptar de nuevo a unos indios, nadie más sabrá de su paradero.

El comandante Arriaga le tendió unos folios. Hizo un ademán en dirección a los dos soldados y los tres hombres salieron del salón.

*San Luis de los Ilínoes,
27 de marzo de 1791*

Querida madre:

Si usted no ha elegido el camino del exilio hacia Turín o Coblenza leerá esta carta. Se preguntará por qué no le he dado antes noticias mías, tenga la bondad de pensar que cuanto he vivido en América por ahora no merece ser contado. Si se pregunta cómo vivo desde hace unos meses, le diré que como un hombre que reniega de su país, como un vagabundo presto a conquistar el mundo si una causa grande se le brinda. No le oculto que algunos días, por no decir que todos, me corroe la sensación de haber abandonado a Louise y Benjamin. ¿Podré volver a ver a mis hijos?

Madame de Montreuil me odia porque maté a Hugues Tremblay, ese valido suyo dispuesto a cualquier vileza para lograr un efímero éxito. Usted sabe de mi puntería y jamás quise darle muerte, sólo un escarmiento. El escándalo de su muerte me ha llevado hasta los desiertos de América.

Además, Madame de Montreuil nunca me perdonó haber fletado cuatro barcos, ni uno más, y usted tampoco, lo temo. Los autores que usted y ella admiran olvidan en sus salones que la ley de los fuertes se antepone a la ley de los libros, tan alabada por los pastores ateos. Y eso también me lo han enseñado los libros: Alejandro, César, Amílcar y el gran Temístocles encendieron el mundo y a su paso los esclavos siguieron a los hombres libres. Y los filósofos no lo cambiarán.

Desafortunadamente, mi madre, ninguna voz se alza entre los negros y no me dirá que los Amis des Noirs son hombres que puedan levantar un imperio. En París vi a unos cortesanos, no a unos capitanes. Brissot es un buen hombre, no se lo niego, un hombre honesto al que le sobran ideales y le falta lucidez. El día en que los negros luchen por la libertad hasta la muerte creeré en un mundo mejor.

Y cuando hablo de servidumbre me asombra que unos blancos renuncien de manera voluntaria a su libertad como sucede en las plantaciones de la Luisiana. No, mi madre, no todos los hombres son iguales. El Nuevo Mundo me lo confirma.

Quiera la Providencia que mis queridos hijos vivan en un mundo mejor. Y quiera que Benjamin elija otro cuerpo que la caballería. Las enseñanzas de mi maestro el conde de Lubersac no servirán en un mundo de infantes donde pronto los húsares y dragones desaparecerán. En las escuelas de La Flèche y luego de Versalles hacían de la disciplina un arte y el arte allí era una disciplina y un placer, gozo diría si no temiera asustarla, pero le diré que nosotros pertenecemos al pasado. La pequeña nobleza no comparte el griterío de la turbamulta codiciosa, ni los aspavientos de la nobleza de corte.

Quisiera ver un día a Benjamin en la artillería; ahórrele la desgracia de un empleo indigno. Hágale ver la vileza del oro, por sus ojos santos verá que ese dinero que espero mandar dentro de unos meses es polvo, imprescindible, se lo concedo, para vivir, para viajar a América, si usted se digna abandonar Beaumont-le-château y si no he perdido del todo su respeto. Si vinieran tendría un pequeño reino que ofrecerles donde ya no soy teniente ni chevalier. Dentro de unos años le buscaríamos a Louise un marido que honrara nuestro nombre. Y Benjamin volvería a Europa cuando fuera mayor si el viejo continente recobrara la razón. Los Estados Unidos serán un gran país donde podrán crecer.

Querida madre, le agradecería pagara unas misas en honor de Cécile y quisiera que las flores siempre cubrieran su tumba. Nuestras gentes, alguno quedará fiel a nuestra familia, sabrán cuidar de su sepultura. Aquí también pude comprobar, una vez más, que los empyriques son incapaces de curar las fiebres malignas. Los blancos de la costa Este habrán traído con sus equipajes ese puñado de enfermedades. Curiosamente, los únicos que no mueren de gripe, hidropesía, disentería, sarna, tifus y otras maldiciones son los indios salvajes.

Gracias a usted Louise y Benjamin sabrán honrar la memoria de su difunta madre que tan brevemente habrán conocido. No evitaremos que su familia, los Dampierre, empeñe mi apellido, su reciente devoción a la causa burguesa les asegurará los honores de los cargos públicos y les dará la razón frente a mí, pero mis hijos, sus nietos al fin, han de ser intereses superiores. Estoy dispuesto a asumir que mis hijos me olviden, no que me odien.

Que extraño es, aquí en estas tierras americanas he visto hace unas semanas un caballo que me ha recordado los descendientes de los sementales Barbes que vi en mi infancia cuando usted me llevaba a su casa en Saintonge.

Señora, la bendigo y le beso las manos.

Su hijo Guillaume